

## La Columna del Director

Lo explicó muy bien Justo Sierra en la alocución fundadora de la Universidad, pronunciada el 22 de septiembre de 1910, en el anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria. Al invocarse a la *implorante* Filosofía como una ideal Antígona que guía desesperados y ciegos a las cumbres del saber, y de este modo a su redención por la libertad, descubrió el distinguido maestro el sentido que consustancia mutuamente a la Universidad y la Independencia mexicana. En la propia cuna revélase el trascendental papel que el pueblo ha asignado a su Casa de Estudios.

Repitémoslo una y otra vez sin cansancio alguno. No hay saber por el saber, ni debería haber saber para el dominio de unos sobre otros. El saber, la verdad, la ciencia, las artes y la filosofía cámbianse en sabiduría al descubrirse como instancias de redención y liberación del hombre. “Nosotros no queremos que en el templo que se erige hoy –dijo Justo Sierra en el acto inaugural–, se adore una Atenea sin ojos para la humanidad y sin corazón para el pueblo dentro de sus contornos de mármol blanco; queremos que aquí vengan las selecciones mexicanas en teorías incesantes para adorar a Atenea *promakos*, a la ciencia que defiende a la Patria”. Ciertamente, a la ciencia que defiende y hace libre y justa a la Patria. ¿Por qué libre y justa? Porque así es el sentimiento más profundo de los mexicanos. Nace la Universidad entre arcos florales y victorias de la Independencia, en su primer centenario, y su alumbramiento maravilloso y real conjuga los ideales del pueblo y el saber libertario en el Alma Mater. Imposible es no recordar en *septiembre* el gran compromiso universitario ante el pueblo de México.◊

Horacio Labastida